

JUAN MANUEL DESDE EL CORAZÓN

Cuando en el 1940, trajeron a Santisteban la nueva imagen de la Virgen del Collado, poco a poco se fue extendiendo un murmullo generalizado, un *tole tole*, como diría mi suegra.

La gente comentaba que:

Bueno..., la Virgen estaba muy bien..., Jacinto Higuera había realizado un trabajo intachable, era muy bonita, pero... la cara..., el color de la cara era... demasiado claro, poco tenía que ver con la madre morena que recordaban y a la que estaban acostumbrados.

Cuando volvió Jacinto, al verano siguiente, se mostró interesado en la opinión que sus paisanos tenían de su obra, y alguien le comentó la queja. El escultor, lejos de sentirse frustrado o dolido, preguntó si había algún artista en el pueblo, alguien que pintara. Dudosos se acordaron de Juan Manuel *el Pintor*. Lo llamaron y Juan Manuel, con veintitantos años, se apresuró a juntar sus escasos óleos y subió corriendo a Santa María.

Allí, tembloroso mostró al escultor una humilde cajeta. Jacinto, afable, hurgó entre los tubos de pintura y eligió un Siena Tostado. Miró a Juan Manuel con un gesto de aprobación, se untó los dedos con el color y con un masaje apenas imperceptible consiguió lo que todos ya conocemos.

Parece que lo estoy viendo contándome esta anécdota, sentado en su sillita breve, delante del caballete, en su estudio de la calle Navas. A Juan Manuel le emocionaba que la Virgen del Collado llevara una parte de él, algo de su materia prima de pintor. Y a mí me sobrecogía las veces que el artista habría añorado ese recuerdo desde su cautiverio en los grises del lejano Madrid.

Para este homenaje, que hoy todos le rendimos, quería haber hilvanado un análisis artístico de su obra, intentando destacar sus logros con la luz y el color, el concepto escénico en sus composiciones. Hablar de sus influencias, Sorolla como meta, o del eterno Velázquez, su maestro de cabecera. Me había planteado diseccionar sus etapas, estudiando como su trayectoria vital fue afectando la producción artística...

Pero cuando pienso en Juan Manuel Soriano, cuando miro y admiro sus cuadros, (o cuando leo sus poemas) no soy capaz de adivinar el límite entre la persona y el artista.

Juan Manuel es un artista integral, en él se abrazan estrechamente su personalidad y su genialidad. Y si algo define claramente su arte es eso, su actitud como persona.

Amor sincero y eterno a su trabajo, a su tierra y a los suyos; así era Juan Manuel, el pintor de Santisteban.

Porque Juan Manuel es Santisteban y Santisteban es Juan Manuel.

Cuando un santistebeño, de cuna o de corazón, miramos sus cuadros, más allá de colores, de luces o formas, lo que contemplamos es el alma santistebeña, enredada entre el oleaje brillante de los trigales maduros en la vega; vemos nuestro propio espíritu

ondulante en la frescura de una mañana clara de primavera; meciéndose en el aliento de una linda moza aturdida por el redoble del tambor; está en la penumbra de la sala donde una madre cuida de su niño, entre las sombras de una reata al atardecer volviendo por el camino de la besana; al lado de la vieja en la puerta de su cueva; en el Pilarillo del Convento, en la Fuente Juanes, en la Guaría, con Luís El Ciego, con el Tío Huracán...

¿Quién no lo ha hecho alguna vez? ¿Quién no se ha presumido de pueblo delante de un cuadro de Juan Manuel?

Santisteban es Juan Manuel y Juan Manuel es Santisteban.

Cuando abrimos esas ventanas que son sus cuadros, nos inunda la alegría de vivir. Si estamos cerca nos reafirma el orgullo de sentirnos santistebeños. Si estamos lejos la añoranza del retorno se torna más dulce. El pintor nos devuelve la esperanza de una tierra prometida en la que no existen las tormentas, donde siempre brilla el sol... (Nunca veréis el invierno en la obra de Juan Manuel).

Y es en esto en lo que radica la genialidad y la grandeza de su obra. Más allá del concepto artístico y formal está el amor de Juan Manuel a su tierra y a sus gentes.

Juan Manuel Soriano vivió feliz. Feliz cada vez que comenzaba una obra nueva; feliz manchándose de óleo y de linaza; satisfecho una vez que terminada la faena; ilusionado porque sus cuadros seguirán contando cosas, porque su pintura gustaba.

Feliz, muy feliz, porque hacía feliz a la gente, y esto es lo mejor que se puede decir de un artista, de una persona.

Y es aquí donde este homenaje cobra sentido. Ante la escasez de modelos de vida en la sociedad actual, a falta de ejemplos que nos dibujen un buen trayecto, Juan Manuel Soriano se nos presenta como un claro espejo en el que poder mirarnos.

Yo por mi parte, cada vez que veo la mirada serena de la Virgen del Collado, me viene a la mente la imagen de Juan Manuel ofreciendo humildemente su cajeta de colores. Y me hago cada vez más pequeño... y cada vez me siento más feliz.

Jacinto Mercado
Cronista oficial
de la Villa de Santisteban del Puerto

Agosto - 2016

